

## **Domingo XVI. Año C**

### **Introducción a una *lectio divina* sobre Lc 10,38-42**

---

En una vida de continuo desplazamiento, Jesús tuvo que recurrir habitualmente a la hospitalidad de amigos y conocidos. Recordando un episodio concreto, Lucas lo elabora hasta convertirlo en una descripción paradigmática del discípulo de Jesús. No es casual que las dos posturas estén protagonizadas por dos mujeres, que reciben en su casa a Jesús: una le sirve, otra le escucha. Las dos actitudes son lógicas; ninguna es criticada por Jesús; es quien más se afana la que se siente peor tratada. Cuando hace público su reparo, Jesús se encarga de indicar cómo le gusta ser hospedado: prefiere atención a las atenciones. Le gusta encontrar escucha a su palabra más que agasajo a su persona. Cuanto tiene que decir importa más que cuánto lo quieran festejar; lo demás es inquietarse por cosas no malas, pero sí peores. La atención mejor que puede darse al Jesús que se hospeda en casa atender a su palabra y quedarse, prendados, de su enseñanza. Más que el descrédito de Marta, la opción de Jesús señala la preferencia de Jesús: de visita, no es su persona lo importante, sino su mensaje; cuando busca hospitalidad entre los hombres, es Dios, y su querer, quien intenta hospedarse en los corazones. Toda fatiga es inútil si olvida las preferencias del huésped. Quiere ser tenido en cuenta, porque se le escucha y no tanto para que se le sirva.

---

**En aquel tiempo, <sup>38</sup>entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa.**

**<sup>39</sup>Esta tenía una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. <sup>40</sup>Y Marta se multiplicaba para dar abasto con el servicio; hasta que se paró y dijo:**

**“Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola con el servicio? Dile que me eche una mano”.**

**<sup>41</sup>Pero el Señor le contestó:**

**“Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; <sup>42</sup>sólo una es necesaria. María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán”.**

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Jesús ha iniciado ya su ‘subida a Jerusalén’: el tiempo de su partida de este mundo ha llegado (Lc 9,51). En continuo desplazamiento, tiene que recurrir habitualmente a la hospitalidad de amigos y conocidos. Recordando un hecho concreto, Lucas lo presenta como una *descripción paradigmática de la naturaleza del discipulado* de Jesús.

El episodio está contado con suma brevedad. Siendo escasa la información que se da, hay que fijarse más en lo que se dice. El centro del mensaje está en el diálogo, iniciado por Marta. No sabemos, ni podemos imaginar, por qué Jesús aceptó ser hospedado por Marta. Ser recibido en una casa donde solo hay mujeres (sólo Jn 11,1-3 menciona a Lázaro y identifica el pueblo como Betania) tuvo que llamar mucho la atención en el pueblo; era un gesto insólito.

Son dos mujeres quienes protagonizan la acogida. ‘Amas’ de la casa, son las responsables directas de la hospitalidad. Las dos hermanas lo acogen bien, se ponen totalmente a su disposición. Aunque de forma diferente. Quedan definidas ante el invitado por lo que hacen, por cómo reaccionan en su presencia. Mientras Marta se desvive por atenderlo, María se concentra en escucharle. Pero no hay pasar por alto que sea Marta, no María, la que más interviene: es la que invita a Jesús, la que lo sirve, la que, atareada en demasía (Lc 10,40), le pide que su hermana le ayude. María aparece en el relato, más bien, como ‘convidado de piedra’: si Marta se multiplica para acoger a Jesús, María *sólo* le escucha. Marta se inquieta, abrumada; María se libera de ocupaciones para ocuparse solo en Jesús: *escuchar la palabra* es mucho más que atender con cortesía al huésped, se trata de acoger su mensaje (Lc 5,1; Hch 13,7.44; 19,10); *sentada a los pies de Jesús* – la posición del aprendiz – María deja sola a su hermana con el trabajo, para oír sólo al maestro. Marta hace lo que le corresponde como ama de casa. María, lo que se espera de un discípulo: a los pies del maestro, atender cuanto tenga que decir, acogerlo acogiendo su palabra. Marta, preocupada por recibir bien al invitado, no piensa en cómo le gusta a Jesús ser recibido. Y con la mejor de las voluntades se enfrasca en tantas tareas que no tiene tiempo para estar con el huésped, como su hermana.

Las dos actitudes son lógicas en quien recibe y complementarias. Ninguna es criticada por Jesús. Es Marta quien objeta, no a Jesús, sino a su hermana. Y es que, bien mirado, parece que quien más se afana es la que se siente peor tratada, menos recompensada. Cuando hace público su reproche, Jesús se encarga de indicar cómo le gusta ser recibido: *prefiere atención a las atenciones*. Le gusta encontrar escucha a su palabra más que agasajo a su persona. Cuanto tiene que decir importa más que cuánto lo quieran festejar; lo demás es inquietarse por cosas no malas, pero sí peores. Dedicarse a escucharle es el mejor modo de acogerlo.

#### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Hoy el evangelio nos recuerda un sencillo episodio de la vida de Jesús: un día, que andaba de viaje, encontró hospitalidad en casa de una familia amiga. Es lógico que quien, como Jesús, viviera habitualmente en los caminos predicando el evangelio, tuviera, de cuando en cuando, necesidad de hospedaje. El suceso en sí no tendría mayor importancia, si no fuera porque su cronista nos lo ha querido presentar como ejemplo de la acogida que Jesús espera siempre que, llevando a Dios a los hombres, precisa de ser él mismo acogido. Lucas ha convertido, pues, un hecho normal de la vida de Jesús en *ley de la existencia cristiana*. Del incidente podemos aprender algo de todos los que deseamos que Jesús venga por fin a visitarnos, o porque en verdad lo echamos en falta o porque deseáramos agasajarlo como se merece. Para estimularnos el relato nos sugiere que Jesús sigue hoy buscando amigos que le ofrezcan hospedaje, un hogar y una familia. Para que nos preparemos mejor nos adelanta cómo le gusta ser recibido.

Jesús necesitó ser hospedado entre amigos y bienhechores porque, viviendo para predicar el reino de Dios, andaba sin hogar propio. Al no tener lugar donde reclinar la cabeza ni madriguera siquiera donde reposar, según dijo a quienes querían seguirle, dependía constantemente de la buena voluntad de sus huéspedes. Dios y su reino le habían privado de casa y de la familia. Pero si el reino le hizo peregrino, el reino le proporcionó también amigos: sus oyentes fueron sus huéspedes. Recibía hospedaje de quienes recibían su palabra. Aceptaba ser acogido en el hogar de cuantos aceptaban el evangelio de Dios en su corazón. Era su táctica misionera: identificaba a sus amigos con aquellos que se identificaban con su evangelio y se dejaba servir por quienes, tras haberle escuchado, ponían sus vidas al servicio de Dios. No separó Jesús misión de amistad, vida pública y vida privada. Hizo sus amistades allí donde su predicación encontraba adeptos. Se daba a quienes habían recibido su evangelio.

Si queremos un día tener a Jesús en casa, si anhelamos que nos considere sus amigos, si deseamos ganárnoslo de veras, no tenemos más remedio que aceptar su evangelio. Quien quiera recibir a Jesús ha de acoger su predicación. Puesto que no se da a quienes rehúyen de Dios, puesto que evita a cuantos creer no necesitarle, puesto que viene para los que se saben pecadores, no nos ha puesto demasiado difícil encontrarnos con él. Seguiremos esperándole inútilmente, mientras no demos espacio y tiempo al evangelio: Jesús sigue ausente de nuestras vidas, porque las hemos cerrado a la escucha de su Palabra. Si no tiene nada que decirnos, si ya no nos dice nada su persona, ¿por qué iba a molestarse en venir a nosotros, para qué molestarse él si no deseamos escucharle? Si no pinta ya nada en nuestras vidas, ¿qué iba a pintar en nuestras casas? No sabemos por qué razón Marta invitó a Jesús; quizá eran amigos (Jn 1,3.11). El hecho es que se atrevió a hacerlo, permitiendo que Jesús convirtiera el hogar que lo acogió en cátedra de su magisterio. ¿De qué no nos estaremos privándonos por no atrevernos a acoger a Jesús en casa?

Antes de quejarnos de abandono, miremos si no le hemos abandonado. Una vez de lamentarnos de no gozar de las atenciones de Dios, veamos cuánta atención le estamos prestando. Como en Betania aquel día, Jesús espera ser bien recibido de sus amigos. No le debemos achacar que evite a quien rehúsa escuchar a Dios. ¿Por qué íbamos a tenerle como huésped en casa, si no permitimos que su palabra sea nuestro alimento y nuestra tarea? Pero sabiendo qué le trae a casa, no está todo perdido: en vez de echarle en falta, en lugar de lamentarnos de su ausencia, pongámonos a escuchar su palabra; haciendo nuestro su evangelio, no tardará él por venir a nuestro encuentro. Tener como ocupación el evangelio nos hará, tarde o temprano, tener que ocuparnos de Jesús en persona. Y si para tenerle a él con nosotros, tuviéramos que dejar de oír otros mensajes o de convivir con otras personas, valdría la pena el esfuerzo.

Que Jesús desee, y busque, ser hospedado no le hace indiferente al modo de ser recibido. El Jesús sin hogar no es un Jesús sin expectativas o sin preferencias; que esté necesitado no le hace menos exigente. El episodio evangélico gira, precisamente, en torno a la doble reacción de las hermanas que hospedaron a Jesús; una se preocupa por atenderle, preparando casa y comida, poniendo cuanto se tiene a disposición del amigo recién llegado; la otra se ocupa en atenderle, escuchando cuanto tenga que decir y demorándose en su compañía. Aunque divergentes, las dos posturas son lógicas en quien ama al que ha llegado. No hay, pues, por qué identificar sin más a una de ellas como la mejor o preferible; afanarse por atender al invitado o atenderle sin otro afán es cuanto se espera de quien acoge a un ser querido. Marta y María hicieron lo que Jesús quería, le dieron cuanto necesitaba; se portaron como de ellas se esperaba.

El malestar de Marta es más que lógico. No es justo dejar que la parte más pesada de la acogida caiga sobre una sola. Jesús le descubre que su preocupación por atenderle le está quitando el gozo de tenerlo en casa. Su presencia, en lugar de llenarla de alegría, le está distanciando de su hermana. No es bueno tenerlo en casa y no gozarlo. Sin darse cuenta Marta está pidiendo mayor atención para sí, sólo porque se esfuerza en servir mejor. No le duele servir mucho, le molesta hacerlo sola. Se siente en desventaja, porque en vez de fijarse en quién sirve, se fija en que solo ella le sirve. A Marta, que no ha reparado en los gustos del invitado, no le gusta que no se tome en cuenta sus esfuerzos. No le provoca malestar cuanto tiene que trabajar, sino hacerlo sola. No es Jesús quien contrapone – ni siquiera elige – acción a la adoración, actividad a la contemplación.

Es la atareada Marta, viva imagen de tantos estupendos apóstoles hoy que, enfrascados en una febril actividad y agitados interiormente, se duelen de la soledad en la que trabajan, los inquieta la indiferencia que cosechan sus múltiples esfuerzos y no logran gozar por el honor de servir a su Señor, a quien tienen en casa. Se preocupan más por lo que les “cuesta” servir al Señor que por el Señor a quien sirven. Marta es figura del apóstol que se desvive haciendo lo que él quiere sin importarle mucho – ni preguntar siquiera – qué es lo que Jesús prefiere de ella. Su generosidad,

grande, la lleva a dar lo mejor de sí, pero no tiene tiempo para recibir de Jesús ni una palabra: lo acoge dándose, no 'recibiéndolo'. Dar de lo propio es característico del que se tiene por rico. Recibir lo que se le dé, en cambio, es típico del que se sabe pobre.

Jesús no hubiera siquiera intervenido en la discusión si Marta no se hubiera quejado del trabajo. Emplazado por la crítica justa, más que razonable, de la hacendosa hermana, Jesús descubre sus preferencias: la mejor atención que prestársele puede quien le tiene en casa es atender a cuanto quiera decirles; ser escuchado, cuando habla de Dios, es preferible a ser alimentado, cuanto está en casa ajena. Jesús no alaba a María por no hacer nada, la defiende porque ha hecho de Jesús su única ocupación; y es que mejor le hospeda no quien más le ofrece sino quien mejor le atiende; quien se dedica a escucharle, le hospeda mejor; no son cosas que se tienen, sino el propio tiempo y el corazón lo que se le debe prestar; no quiere él dar mayores preocupaciones con su presencia sino que su presencia ocupe por entero a quienes visita. Marta no es corregida por cuanto hace, sino por lo que deja de hacer; afanarse por dar buen recibimiento al visitante es deber sagrado, auténtica honra para quien ama, pero no debería llevar a desoírle, a no prestarle atención: pensando en preparar lo que le va a dar se queda sin recibir lo que Cristo le da, viniendo a su casa.

La mejor parte la obtiene María, quien no haciendo otra cosa más que estar con Jesús escuchándole, le convierte en el centro de interés y protagonista. ¿Cómo no iba a preferir Jesús a quien, en casa de amigos, le permite que se explaye y se desahogue, tras tanto camino hecho entre extraños y tanta controversia con los enemigos? Y es que dándole la atención que él busca, es como se siente acogido. Para Jesús mejor lo recibe quien más de él recibe. Y de hecho, en vez de exhortar a María a que ayudara a su hermana, invita a Marta a que se una a ellos: a quien ha elegido la parte mejor no se le quitará. El servicio máspreciado que podemos ofrecer a Jesús, quienes. Servir a Jesús es bueno, escucharlo mejor. La atención mejor que puede darse al Jesús que se hospeda en casa atender a su palabra y quedarse, prendados, de su enseñanza. Más que el descrédito de Marta, la opción de Jesús señala sus preferencias: de visita, no es su persona lo importante, sino el evangelio. Toda fatiga, por bien intencionada que sea, resulta inútil si olvida las preferencias del huésped: Jesús quiere ser tenido en cuenta, porque se le escucha y no para que se le sirva; cuando es acogido, Jesús prefiere dar a recibir.

Dejemos, pues, que Jesús nos hable cuando viene a nosotros; convirtámosle en nuestro entretenimiento; no viene a darnos más trabajo, viene a darnos reposo. Que no nos preocupe qué le vamos a dar sino si nos estamos dando a él; que no nos interese cuánto vamos a sacar en limpio de su visita, sino si, en verdad, le hemos concedido, y por todo el tiempo que desee, tiempo y corazón, atenciones y escucha. Saldremos ganando: obtendremos lo mejor y la promesa de no perderlo nunca. Así de amable es el Jesús amigo.